R. 43978

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.

ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.

ADVERTENCIA.

La recepcion de los individuos de número de la Real Academia Española, que ántes de 1847 era un acto privado, se celebra desde aquella época en sesion pública, leyendo el nuevo Académico un discurso, al cual contesta con otro el Director, ó un miembro de la Corporacion comisionado al efecto. De tales discursos y contestaciones se compone la presente coleccion, que irá continuándose indefinidamente.

De los discursos anteriores á la época citada, se escogerán así mismo aquellos que por el interes del asunto y la manera de tratarle, parezcan más dignos de la atencion del público, para incluirlos en otra coleccion que, con el título de «Memorias de la Real Academia Española» se dará á luz más adelante.

Al fin de cada volúmen se pone un índice de materias, con el objeto de facilitar su estudio.

DISCURSO

DEL EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

En cualquiera ocasion, Señores, bajo cualquiera título que me abrieran paso para llegar hasta el escabel de sus sillas los esclarecidos varones que en este recinto se congregan, el dirigir una mirada sobre el reducido punto de mi propia suficiencia para volverla con gratitud reverente por todo el ámbito en que se dilata la benevolencia de los que me dispensan tan alta honra, sería, no ménos que un justo tributo de agradecido reconocimiento, una declaracion sobradamente motivada de aquella sumision respetuosa con que la modestia sincera se complace en recogerse dentro de su pudor para rendir acatamiento á la alteza de los claros nombres de las indisputadas glorias.

Pero el desempeño, en los momentos presentes de deuda, para mí tan sagrada; la contemplacion de mi exíguo valer ante la grandeza de tan cumplidos merecimientos, no es en el comienzo de mi discurso una fórmula obligada de cortesía, ni una idea incoherente con el órden ulterior de mis razonamientos. Tan adelante, Señores, ha penetrado en mi ánimo esta consideracion, tan impetuoso y vivo ha sido el estímulo de mi gratitud, que ha bastado él solo para tomar asunto de una meditacion detenida, que él solo ha venido á ser la base fundamental de mi

discurso; y culpa será, Señores, de mi rudo ingenio, culpa tambien de las circunstancias que me han rodeado, si no corresponde como cualquiera otro tema más literario ó más académico á la solemne y señalada ocasion en que me trae á decirlo vuestra generosidad y mi buena ventura. En éste, como en todos los casos prósperos ó adversos de mi vida, mis pensamientos no han podido acomodarse dentro de una tésis de antemano redondeada y medida: en esta, como en otras circunstancias, el corazon ha hablado primero, y de sus movimientos ha brotado despues como el pedernal herido, ora la centella de la verdad teórica que buscaba, ó más veces, por desgracia, el vapor fosfórico de las que, en su esencia ilusiones de la fantasía, visten ante los ojos desvanecidos del hombre pensador las resplandecientes formas ó los galanos ropajes de luminosos descubrimientos.

Verdad es, Señores, que al penetrar en este recinto he debido considerar cómo todos los ilustres varones aquí reunidos habian escrito más de una página indeleble en el libro de oro de nuestros gloriosos fastos literarios; cómo todos llevaban en sus manos una guirnalda inmarcesible para la siempre verde corona de la musa castellana. Donde quiera que hubieran de volverse mis ojos, habrian de presentárseme venerables acusadores emplazándome con severidad ante el tribunal de gloriosos muertos ó de afamados vivos, interrogándome en nombre de una literatura que muere, y de una literatura que revive sobre los títulos que yo presentaba para allegarlos á lo pasado ó para encomendarlos al porvenir. Los unos podrian preguntarme si habia levantado sobre el teatro español el coturno de Sófocles, ó hecho suspirar los campos de mi patria con las graciosas modulaciones de Anacreonte; los otros, si habia conservado en bien de las costumbres la herencia y la enseñanza de Iriarte y de Moratin. Allí, vivo aún el ingénio armonioso de los Herre-

ras y Riojas, pediríame estrecha cuenta de la sonoridad de incorrectas estancias, de la frase castiza y heróico número de endebles y desaliñadas estrofas: allá el Tirtéo de nuestra guerra sagrada podria decirme qué patrióticos ditirambos habia yo consagrado á la libertad de mi patria.

Los que todavía pueden repetir las palabras de oro que recogieron de los labios de Jovellanos me preguntarian si adelantaban un siglo, como las de aquel grande hombre, mis concepciones políticas y mis teorías económicas: los que hoy han exornado el saber del jurisconsulto con la belleza de la frase elegante y del decir grandilocuente, podrian reclamar el fruto de mis estudios en la ciencia de la justicia, y desconocer en mis oscuras y olvidadas polémicas el carácter de un periodismo elevado por ellos á una alta y digna magistratura. De un lado los émulos de Calderon, de Tirso y de Moreto presentaríanme, resucitadas sobre la escena nacional, las heróicas figuras de los Cides, de los Guzmanes, de las Marías y de los Fernandos: en otro, los hijos de Solís y de Mariana buscarian en vano sobre mis páginas los nombres de los grandes Reyes ó de los esforzados capitanes. Qué bellezas nuevas habia descubierto con el telescopio de la crítica en los astros de nuestra esfera literaria, me demandarian los filosóficos intérpretes de nuestras antiguas leyendas: qué autores clásicos habia hecho hablar en el idioma de los nietos de Marcial, podia preguntarme la musa venerable del que llevó á los cármenes del Genil el génio de Horacio; ó con qué nuevos principios de crítica y de ciencia habia abierto camino á los vates venideros, podia interrogarme con severo acento, desde las orillas del Guadalquivir, la voz aún no apagada del maestro querido de toda una generacion literaria.

Á estas preguntas, Señores, tenía que enmudecer avergonzado. Buscando los títulos de mi suficiencia, no encontraria sino los de mi presuncion. Estas voces majestuosas y penetrantes ha-

bian de resonar con su propio eco en el vacío de mis trabajos. Mi existencia literaria no pasaba de ser una iniciacion interrumpida. Mis escritos eran bosquejos; mis cantos nada mas que preludios. Por tareas de historia sólo podria ofrecer breves y diminutas reseñas individuales; y mis estudios morales ó políticos desvaneceríanse en las tinieblas del olvido como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, ó habrian corrido arrastradas en el velocísimo raudal de ese torrente más atronador que fecundo con que la prensa ruge entumecida por entre los partidos en los borrascosos dias de las tempestades políticas.

La evidencia de mi flaqueza fué, Señores, tan profunda en mi ánimo que, no atreviéndome á extremar mi propia modestia en desdoro del alto juicio de la Academia, osé buscar una significacion á mi nombramiento, ya que no podia encontrarla en mi oscuro nombre; no de otra manera que ciertos arqueólogos, inquiriendo el significado simbólico de un extraño geroglífico, ya que no acierten á descifrar el enigma, alcanzan á declarar con nuevos juicios el sentido de las confusas historias.

Lo que no hubiera podido responder á la Academia interrogándome, héme atrevido yo á indagarlo en el pensamiento de la Academia. Al ser indulgente y benévola conmigo, ha querido mostrar tal vez la necesidad de serlo con la época que corremos. No consagrando trabajos, sino prohijando conatos y deseos, no ha querido sin duda hacer una declaracion de ciencia, sino calificar el carácter de una existencia.

He supuesto que recorriendo las alternadas faces de mi vida política y literaria, la Academia ha creido escuchar una tónica predominante en este desacordado concierto de acciones y de pensamientos, y adivinar con generosa benevolencia que estaban subordinados á una sola idea, á una sola tendencia y aspiracion; y que esta aspiracion y esta tendencia, más bien á la region de las letras que á la esfera de los negocios políti-

cos iban guiadas. Más bien que juzgar indulgente mis escritos, ha presumido sin duda benévola de lo que pudieran haber sido mis trabajos, si una existencia ménos dividida y agitada hubiera concentrado mis esfuerzos sobre un objeto perenne y exclusivamente literario.

La Academia en fin habrá considerado que en la agitacion tumultuosa de la sociedad actual hay existencias que pertenecen por la primitiva consagracion de su alma á la religion de la literatura; pero á quienes la parte que les cabe en la práctica de los negocios públicos, y en la comunion activa de la vida social, impiden pasar adelante de los dinteles de oro, que en el templo de las musas separan las curules de los sacerdotes del vestíbulo en que se prosternan los profanos. La Academia ha podido creer que alguna vez debian franquearse estos sacros penetrales á perseverantes devotos.

No de otra manera, Señores, en nuestras antiguas basílicas se guardaba un asiento de honor en las graderías de sus coros ó en los escaños de sus presbiterios para aquellos caballeros que en rudos combates ó en arriesgadas peregrinaciones habian acometido una empresa ó consagrado una ofrenda piadosamente meritoria de la Iglesia Santa. Si así fuera, Señores, cúmpleme rendir de nuevo á los piés de la Academia el tributo de mi acrisolada gratitud, por cuanto tiene para mí de merced doblemente generosa distincion tan señalada. Pero si dejando á un lado mi personal miramiento para hacerme cargo de consideraciones más generales, aquella muestra de tolerancia pudiera ser parte para caracterizar la condicion de una época literaria, de camino que cumplia con la obligacion de agradecerla, cuadraba maravillosamente á mi propósito la tarea de explicarla; encontrándome así naturalmente conducido á considerar hasta qué punto la participacion en los negocios públicos de los que cultivan las letras y profesan las ciencias, puede ser causa ó sín-

toma de decadencia en la literatura de una edad; hasta qué punto el consorcio de las tareas políticas con los trabajos del entendimiento, de la vida práctica con la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza, puede ceder en detrimento de los adelantos del saber y rebajar los quilates de la perfeccion ideal á la liga impura de las miserias terrenas, de las pasiones mundanas, de los intereses y necesidades materiales.

Cuestion es esta, Señores, que á mi entender se presta á ser dilucidada. Bajo la pluma de un observador filosófico ó de algun crítico profundo, su detenido exámen pudiera dar ocasion á consideraciones harto variadas y fecundas. No lo eran tanto quizá las especies, que, controvertidas por muchos años en el parangon de las letras y las armas, dieron lugar desde lo antiguo á luminosas disertaciones y á razonamientos, no los ménos decorados y famosos entre las producciones de inmortales ingenios.

Ceñido yo por los límites de mi entendimiento, y por la cortedad del mayor tiempo que pudiera usurpar á la atencion más indulgente, puesto que no me confieso bastante atrevido para el propósito de tratarla, no puedo resolverme á proponerla tan de paso que no deje asentadas algunas indicaciones sobre los términos de decidirla. Podrán no servir quizá para fijar una conclusion, ó para determinar resueltamente una tésis; pero no estarán de sobra para encaminar investigaciones más detenidas, y para concluir á deducciones ménos problemáticas en punto que algo importa á la historia de las artes, al estudio de las vicisitudes y progresos del espíritu humano.

Lo que la historia nos enseña indudablemente, Señores, es que los caminos de la perfeccion intelectual y literaria no son las veredas de la tierra. Acontece con la investigacion de la verdad y con la intuicion de la belleza lo que con el descubrimiento de las tierras lejanas para el navegante atrevido. No ha

menester mirar en derredor de sus pasos la derrota de su camino. Una brújula á través de un cristal le señala el polo; una estrella más allá de las nubes le demarca el rumbo.

La mitología y la tradicion de todos los pueblos ha colocado en todo tiempo los orígenes de las artes y de las ciencias en la revelacion del cielo, en los misterios del santuario, en las cumbres del Olimpo, en la cima del Parnaso, en los arcanos de subterráneas profundidades, morada de númenes superiores. Esta enseñanza religiosa y tradicional no la desmiente por su parte la historia. Las concepciones grandiosas del espíritu, las máximas fundamentales de la moral, los partos sublimes del ingenio, las obras maestras del arte, el descubrimiento de aquellas verdades que cambian la faz de los pueblos, y que imprimen nuevo impulso á la marcha de los siglos, y nueva direccion á los conocimientos humanos, han sido en todo tiempo fruto de aquella soledad contemplativa, de aquel retraimiento religioso, que es la verdadera comunicacion del espíritu del hombre con la divina inteligencia, y el sentido genuino de lo que con su pompa, su énfasis y su alegoría quiso consagrar el simbólico lenguaje de las generaciones primitivas.

No en vano el saber ha revestido siempre el carácter de sacerdocio para los que adoraron sus oráculos: no en vano los grandes poetas fueron aclamados como hombres divinos. Este sacerdocio tánto ha querido significar cómo consagracion, cómo sacrificio, cómo dedicacion exclusiva, cómo desprendimiento del mundo material, cómo absoluto abandono de la personalidad humana y de sus terrenales intereses: aquella divinidad fué la intuicion inmediata de la inmortal belleza, la contemplacion espiritual y directa de las leyes de la verdad eterna. Colocadas á más excelsa altura en las zonas del mundo moral, como en el mundo físico, las cumbres más altas de las cordilleras, las eminencias del espíritu humano han necesitado estar solas en su

region, solas con su luz y su cielo, y su peculiar enrarecida atmósfera, como soles con sus rayos y sus tempestades, y aisladas más de una vez, como las agujas eléctricas, para que pudiera descender por ellas el fuego del cielo.

Sólo así, Señores, los poetas y los legisladores, los artistas y los filósofos pudieron ser los fundadores de los pueblos y los maestros de las gentes. Si los grandes hombres hubieran sido no mas que la representacion de los tiempos que alcanzaron y el espejo de la sociedad en que vivieron, no los hubiera apellidado el mundo sus lumbreras, las generaciones sus guias.

No ha sucedido así, Señores: la sociedad humana no ha caminado sin llevar delante exploradores á quienes Dios enseñara los caminos. Para que la civilizacion adelantara, necesario fué que nacieran hombres que adivinaran lo que la humanidad no sabía, y que aprendieran léjos del mundo lo que el mundo en que vivian no podia enseñarles.

Ved aquí, Señores (así me atrevo á creerlo), por qué todos los dias se reproduce delante de nuestros ojos un fenómeno histórico que no explican ciertos sistemas, que no admiten ciertas creencias. Ved aquí por qué existieron en pueblos rudos idiomas filosóficos y armoniosos, poemas acabados y perfectos en civilizaciones nacientes: ved aquí por qué encontramos principios de admirable moralidad en el código de naciones corrompidas; por qué nos asombran las obras maestras del arte en períodos atrasados; por qué los cálculos sublimes de las matemáticas y los descubrimientos trascendentales de la astronomía presiden á la ordenacion del calendario en pueblos todavía en su infancia; por qué construyó las pirámides una generacion que probablemente no sabía escribir, y por qué están de pié todavía, delante de nuestros ojos, maravillas de arquitectura, herencia de tiempos no lejanos, de indisputable cuanto densísima barbarie.

Si del orígen de las primitivas verdades, puntales y fundamentos de las ciencias, nos place descender á aquella edad en que la inspiracion de las artes pudo ser ménos original y más imitativa; en que la obra de los filósofos fué de investigacion y adelanto, y la tarea de los sábios de aplicacion y de experiencia, todavía no es dado reconocer que para llevar adelante la empresa del saber humano fué necesaria la consagracion entera de la existencia del hombre. Una de las primeras obras filosóficas con que se encabezan los fastos de las ciencias sancionó esta sentencia en un inmortal apotegma.

Al anunciar el sábio de Cos el evangelio de su enseñanza con las solemnes palabras *ars longa vita brevis*, proclamaba al frente de los principios de la medicina el aforismo primordial de la literatura. Siendo el arte más que la vida en el órden del tiempo, no podia exigir ménos que la vida toda. Pero el arte es además la inspiracion, y la inspiracion es el fanatismo. La elevada filosofía es además la síntesis, y la síntesis es el aislamiento. La ciencia es además el análisis, el estudio, la investigacion, la asiduidad, lo exclusivo. Razon por la cual, Señores, si en las edades fabulosas hubo ninfas inspiradoras y conferencias con los númenes, en otra, si bien más cercana antigüedad, hubo cavernas de ascética austeridad, adonde se retiraron los filósofos, y soledades de claustros donde se guardaron los secretos de la sabiduría, y revivieron en trabajos de penitente paciencia las maravillas de las artes. Si el fanatismo de la verdad hizo á Sócrates beber la cicuta, más tarde Galileo debia esperar en un calabozo la revolucion de la astronomía. Si Plinio corrió á sepultarse en el Vesubio y Arquímedes no sintió los pasos de los asesinos, Cook en nuestros dias se dejó despedazar por los salvajes, y Lavoisier pedia á sus verdugos unos dias de plazo para verificar un experimento.

Si es verdad que el ciego de Esmirna mendigaba su pan

de los pueblos á quienes contaba las hazañas de sus héroes, con mayor certeza sabemos que los más esclarecidos entre los Homeros de la nueva edad heróica compraron su corona de inmortalidad al triste precio de morir mendigos. Recorriendo la inmensa galería de los conocimientos humanos; repasando el glorioso catálogo de los nombres que así en lo antiguo como en lo moderno representan á los arquitectos y directores de la grande obra; registrando las páginas de aquel libro de oro que empieza en Homero para concluir en Cervantes, que alcanza desde Esquilo á Calderon y á Racine, que llega de Herodoto á Mariana, de Pitágoras á Kant, de Aristóteles á Cuvier, y desde San Pablo á Bossuet, apénas nos es dado preguntar con intencion de duda si fuera de la congregacion de la vida es general condicion la medianía, si fuera de la dedicacion exclusiva hay puesto para la gloria. La respuesta que nos dan las generaciones pasadas no es en verdad demasiadamente lisonjera para los que se atrevan á creer con presuncion orgullosa que se pueden servir á un tiempo los altares de la ambicion y los de la ciencia, y que el mismo carro con que el mundo pasea en triunfo á los héroes del poder, sirve para volar sobre los siglos á través del eter de los cielos.

Sin embargo, Señores, es necesario distinguir en este exámen la vida de los hombres y la historia de los pueblos. En derredor de esos soles del firmamento intelectual ha colocado Dios los mundos de una creacion que no deja de ser magnífica y espléndida, aunque sea por ellos iluminada. Si como el del sol el fuego del genio vive de su propia esencia, hay en el género humano otro principio de vida artística y de movimiento moral que, como en el órden físico, se desenvuelve en la fecundacion recíproca de los seres y en la mútua participacion de la existencia. Si el genio es el privilegio de la divinidad, la especie humana ha recibido tambien y acumulado su patrimonio

comun de sabiduría. Si los astros mayores de la inteligencia brillan con el propio resplandor que en ellos mismos se alimenta y que con ellos se extingue, hay una herencia de verdades prácticas, un tesoro comun de ideas adquiridas y cultivadas que unos á otros se van encomendando, trasmitiendo, dilatando y engrandeciendo los siglos en el lento y laborioso afan de su civilizacion no interrumpida. Si Dios suscita esos titanes que arrebatan como Prometeo los rayos divinos, extiéndese á los piés de esos colosos un dilatado espacio, en que es dado á las inteligencias más prácticas reducir á dimensiones proporcionadas la grandiosa figura, velando á veces sus resplandores para que no nos deslumbren en lo que tienen de divinos, á veces tambien reduciendo sus proporciones al compás de las humanas medidas para quitar á los gigantes lo que pudieran tener de mónstruos. Si sobre la arena en que se levantan las pirámides se han sucedido generaciones de ciudades; si á la sombra de los templos y de las fortalezas que cuentan por siglos los años de su duracion, asentáron los hombres su morada en edificios, que no por haberse arruinado y construido cien veces dejaron de ser espléndidas metrópolis de la riqueza y del señorío de los imperios, no de otra manera al pié de los monumentos del ingenio construyeron idea por idea los arquitectos del saber vastísimos alcázares de sistemas, pintorescas residencias y frondosos jardines de amena y deleitosa literatura.

A esta construccion gradual y sucesiva, á esta obra comun de las edades y de las generaciones, no concurrió sólamente el ingenio creador ó adivino. Seguida con ojos atentos la historia de este trabajo general, al que llevó cada pueblo su tarea y cada inteligencia su jornal penoso, ¿podremos asegurar tan absolutamente que el humano saber haya padecido menoscabo, ó que los dominios de la belleza hayan menguado en riqueza y extension, porque los operarios de esta obra perenne reunieran,

combinadas en justas proporciones, las dotes artísticas del alma y los afectos de su época, el conocimiento experimental del mundo y el estudio metafísico del hombre, la participacion de la vida social y la investigacion filosófica de las verdades abstractas?

Yo me atrevo á creer, Señores, que la historia responde ménos severa, y que la civilizacion hace justicia á los esfuerzos y sacrificios de aquellas almas generosas, sobre las cuales el mundo no cargó tan pesadamente el yugo de sus intereses y pasiones, que no dejara á su razon albedrío para estudiar las leyes de los mismos hechos en que se veian encadenadas: yo me atrevo á asegurar que la literatura guarda grata memoria de aquellos corazones entusiastas, que en medio de los afectos con que combatieron, encontraron una expresion artística para revelarlos al mundo en formas de ideal belleza ó con tonos de celestial armonía. Quizá, Señores, la historia podrá atestiguar que los hombres y los pueblos que tocaron más de cerca las realidades de la vida, si no se elevaron á las regiones sublimes del idealismo, comprendieron más exactamente la verdad; que si no rayaron muy alto en trascendentales teorías, no se extraviaron tantas veces en aquellas paradojas con que la eterna sabiduría castiga diariamente el orgullo de la curiosidad humana, y que si más circunspectos ó ménos temerarios no dilataron tanto las conquistas del saber, han presentado con ménos frecuencia el espectáculo de aquellos lastimosos errores que en el mundo moral reemplazan á las devastaciones del fuego y de la espada.

Hay un sentimiento interior que nos revela esta verdad ántes de que la historia nos la enseñe: el reconocimiento de nuestro propio corazon, la conciencia de nuestro propio juicio nos la comprueban. ¿Quién de nosotros no ha podido hacer en su ánimo el experimento de la grave modificacion que imprime á sus

sentimientos ó á sus raciocinios la proximidad de los objetos que ocupaban en un ideal lejano su especulativa solitaria? ¡Cuántas veces el rigor de una abstracta dialéctica ha conducido nuestras meditaciones á resultados de matemática exactitud, que se desvanecieron como ilusiones de óptica al primer contacto de los hechos! ¡Cuántos proyectos generosos, brotando en nuestro corazon á impulsos del más noble deseo, no han llegado á verse como alucinaciones de la fantasía en noche de insomnio disipadas á la luz primera del conocimiento de las pasiones humanas! ¿No nos ha sucedido á todos no comprender la historia de otros tiempos hasta que hemos visto correr la de nuestra época? ¿No hemos aprendido mejor que nuestros padres las revoluciones antiguas porque las hemos presenciado análogas? Y Tácito, que todavía en tiempo de Rousseau era un libro sólo inteligible para los ancianos, ¿no se ha hecho, por desgracia, en nuestros dias lectura familiar y perspícua aun para los jovenes?

Hasta en la escena literaria, Señores, más de una vez hemos admirado los grandiosos personajes creados por la imaginacion, ó la viveza de colorido con que realzaba la historia algun narrador elocuente de las acciones humanas; y luego hemos aprendido que no pasan de tal manera las escenas de la vida, que no revisten proporciones tan clásicas las peripecias de la política, y que hay en los infortunios del hombre y en las catástrofes de los pueblos una grandeza de más honda impresion, una verdad, cuyo estudio experimental puede suministrar al talento más ricos tesoros de artística belleza que los que acumula la desnuda fantasía en sus más animadas creaciones.

Lo que nos revela nuestro propio corazon á poco que le ilustren las mudanzas de la varia fortuna ó los ejemplos de una mediana experiencia, lo encontramos reproducido con más abultadas proporciones en la vida de aquellos pueblos, cuya histo-

ria ha llegado con alguna exactitud á nuestro conocimiento. Así como los hombres, las naciones tienen períodos en que las artes y el saber vivieron en union con la vida práctica y enlazadas al movimiento social. Tambien hay otras épocas en que la especulacion filosófica y la inspiracion artística hicieron su morada en el desprecio del mundo, apartadas del trato comun de las gentes. Y forzoso es decirlo, Señores, porque es de trivial observacion el averiguarlo. Este divorcio puede darse en un individuo sin mengua, antes con provecho de los adelantos sociales; pero donde quiera que se encuentra aplicado á la universalidad de un pueblo, á la índole de una literatura, ó al carácter general de una civilizacion, allí el saber ha sido falso, la filosofía excéptica, el arte estéril, la civilizacion limitada, la condicion del pueblo mísera, el gobierno de la sociedad violento, duro, tiránico.

Tal se nos presenta, Señores, en medio de su esplendor aparente, la era más culta de la antigua Grecia, y despues algun período del bajo Imperio oriental. Allí, dónde las ciencias no llegaron á tener aplicacion política, dónde los filósofos no se hicieron legisladores, dónde los economistas no eran gobernantes ni jurisconsultos; allí las ciencias naturales no salen de la infancia, los conocimientos morales revisten la forma de sectas ridículas ó de conjuraciones sediciosas, los filósofos se hacen sofistas, y el cultivo del entendimiento degenera en una gimnásia de ideas ó en una vana esgrima de palabras. Extínguese allí el saber como una llama que no encuentra pábulo. Sólo el arte dura y vive. Vive y dura, Señores, porque el arte se hace práctico y social; vive, porque se mezcla á la vida; porque toma parte en la religion y en la política, porque hermosea y anima y realza la existencia comun de un pueblo apasionado y sensible. La poesía vive, porque á Homero los rápsodas le cantan y los sarcerdotes le interpretan; vive, porque Píndaro es el pro-

tagonista en los triunfos de las justas olímpicas, porque los guerreros de Esparta se excitan á la pelea con las marsellesas de Tirtéo, porque Sófocles y Eurípides hacen llorar y extremecer á todo un pueblo móvil é impresionable. Las bellas artes viven porque hay templos con estátuas, pórticos con pinturas, jardines con mausoleos. La filosofía no puede vivir porque el pueblo que condenaba á Sócrates y se dejaba mandar de Alcibíades, debia obligar á Platon á soñar utopías sobre un escarpado promontorio: la moral no puede adelantar, porque una civilizacion en que Epicteto era esclavo, debia tener por maestro á Epicuro: las ciencias no podian vivir, porque el grande discípulo de Aristóteles acudia como una mujer supersticiosa á consultar sobre el éxito de sus empresas los oráculos falaces de Delfos. El arte sobrevivió á la civilizacion griega; pero la filosofía y la política habian abandonado su suelo natal ántes de que la Grecia exhalara su último suspiro.

Otro pueblo recogió su herencia y la engrandeció en todo lo que se dilataron los términos de su vastísima dominacion. Roma no es un pueblo científico; Roma no es una sociedad artística. *Regere imperio populos..... hæc tibi* ERUNT *artes*. Pueblo de leyes y de batallas, donde quiera que van sus legiones y sus códigos, allí van sin embargo las ciencias y las artes. La historia de Roma es la historia de la civilizacion del mundo antiguo; pero la historia de la civilizacion romana no es la historia de ciencia alguna ni de alguna clase de literatura. Todo su saber es práctico; es actividad toda su inteligencia. No piensa, no discute, no investiga. Conquista, manda, obra, funda, legisla. Roma no tiene sábios, y es un pueblo sapientísimo: no tiene filósofos, y sin embargo todos hemos aprendido en las escuelas esta definicion de la jurisprudencia romana: *rerum divinarum et humanarum notitia*. Roma no produce á Platon; pero el imperio romano algo más vale que la república ideal del discípulo

de Sócrates. Más sabía que la academia y el pórtico aquel incomparable patriciado que empieza en Numa para acabar en Sila. Las doce tablas, el edicto del pretor, las respuestas de Cayo, las sentencias de Papiniano y las leyes de Julio, que la economía de Xenofonte, y que la ética de Aristóteles. ¿Quién es aquel legislador que oculta debajo de las sangrientas listas de proscripcion admirables trabajos de legislacion filosófica? El rival de Mario. ¿Quién es aquel cónsul que aparece conjurando en la tribuna de las arengas las sediciones populares? Se llama Ciceron. ¿Quién es aquel dictador que amotina las turbas militares contra el órden establecido? Es César. ¿Quién es aquel literato que entre las delicias de una vida muelle y disipada distrae sus placeres con versos que han de ser enseñanza y doctrina de todos los tiempos? El poeta Horacio. Todos aquellos hombres que ejercieron tan directa influencia en la política y en la gobernacion de su patria, no fueron ciertamente estériles para la civilizacion del mundo. Los que llevaban sus armas victoriosas desde la Bretaña á la Persia para asentar con la fuerza la unidad del imperio, los mismos eran, Señores, que fundaban con su vastísima inteligencia aquella unidad intelectual que hizo reinar la misma ley, la misma filosofía y la misma lengua desde el Támesis al Éufrates.

Examínese con mayor detenimiento en la sucesion de sus vicisitudes la historia de aquellas sociedades y de aquellas literaturas, y siempre se encontrará el mismo resultado. Cuando la profesion científica y la influencia política ó social caminan separadas, siempre el saber decae, como la preponderancia política declina. Siempre que la civilizacion retrocede, la inteligencia y la accion se dividen, los caractéres del sábio, del filósofo, del literato, del estadista y del legislador se aislan, se apartan y se divorcian.

Por eso en los tiempos bárbaros este divorcio se consuma.

Artes y ciencias van á vivir en los yermos y á refugiarse en los claustros. Dos ó tres veces que en los siglos medios aciertan á penetrar en los palacios, parece que el hemisferio europeo se ilumina. Pero es una aurora boreal en la noche de un invierno polar. Las tinieblas de la barbarie vuelven. La inteligencia duerme. La conservacion de las artes y de las ciencias en aquel aislamiento es como la vegetacion debajo de la nieve. En lo exterior reina una sociedad grosera, una gobernacion anárquica, un poder sin obediencia, una ley inicua, la fuerza por razon de estado, la venganza por derecho del individuo. En la esfera intelectual la filosofía escolástica, las leyendas falsas, la astrología judiciaria, la nigromancia, la alquimia, las mil visiones de la metafísica teológica engendrando otras tantas heregías. Al fin raya la luz. Dios la trae. Algunas eminencias aparecen coronadas de un vivo resplandor. No son ellas sin duda los focos luminosos; bástales la excelencia de ser las cumbres en que el nuevo sol da primero. A poco que se levanta, los hondos valles le reciben.

El movimiento del nuevo dia, de la nueva estacion empieza, y los anteriores fenómenos se reproducen. Los árboles seculares y gigantescos, como quiera que estén solos y aislados, reverdecen. Para que los tallares y viveros se tornen selvas frondosas, es menester que apiñados troncos y enlazadas ramas de consuno se abriguen y se fecunden. No basta ya para el movimiento intelectual de esta época el saber del hombre solo y el saber de la sociedad; donde quiera que la influencia social no le difunde y le aplica, allí se estanca y se corrompe. Si hay una ciencia cuyo esplendor es el primero y universal, no tánto consiste en que es universal la ciencia, sino en que es continua su aplicacion. Lo mismo en Italia que en Alemania, lo mismo en Inglaterra que en España, las ciencias sagradas resplandecen con una misma lumbre. La generacion de los santos

Padres se renueva en toda la latitud de las zonas europeas.

En todas ellas era igualmente práctica y necesaria la controversia, el magisterio religioso, la predicacion cristiana, la gobernacion episcopal, la educacion pública; la institucion de los príncipes, la direccion de las corporaciones eclesiásticas, la asistencia y discusion de los concilios. Tal vez esta circunstancia sea parte principal para que los hombres de Iglesia sean llamados á todas las otras profesiones y á poner mano en todos los demas negocios. En una parte son los primeros estadistas, en otra los más grandes historiadores; aquí los más hábiles diplomáticos, y hasta en el teatro no los ménos eminentes y filosóficos poetas. Lo que sucede en la profesion teológica se repite donde quiera que los grandes estudios y los árduos negocios se aunan y combinan; allí descuella más pronto el saber y caminan con más largos pasos la civilizacion y la cultura del siglo.

La índole particular del Gobierno en las Repúblicas de Italia da mayor participacion en las cosas del Estado á los hombres de ciencia. Allí se forman los primeros políticos; allí habian escrito los primeros sabios. En Aragon y Castilla florecen á impulso de influencias análogas hombres que por contrarios motivos no se continuaron. En Inglaterra, desde muy temprano fueron hombres de accion los hombres de inteligencia. Por eso en aquella tierra de grandes políticos, los estudios profundos y los grandes descubrimientos precedieron en más de un siglo al saber de otros pueblos. Por eso en aquel país de profundos pensadores sus primeros estadistas, desde Bacon hasta Canning, han sido literatos y filósofos. Por eso sus historias y sus empresas, sus revoluciones y sus conquistas, sus constituciones y su industria, su politica y su filosofía llevan impreso desde muy antiguo aquel sello de superioridad práctica, de solidez y de duracion que se reproduce en su poder material, en su dilatada

influencia sobre el mundo y en la misma organizacion interior de sus gerarquías sociales.

Si en Francia el saber vivió por más tiempo alejado de la escena política, nada de cierto ganaron en ello ni la causa de la filosofía ni la de la administracion pública. Los desaciertos de una gobernacion ignorante dieron motivo á un trastorno social; los estragos del estudio teórico y solitario pararon en aquella anarquía de la razon, en aquel desquiciamiento de toda moral, en aquel absurdo sistema de filosofismo material y descreido que cuando llegó el plazo de la revolucion política estimularon sus delirios, precipitaron sus catástrofes, y dieron á sus errores la realidad espantosa de crímenes. El órden con la libertad no se reconciliaron hasta que la inteligencia y la política se unieron. No bastaba Sieyes ni alcanzaba Lafayette; era menester Napoleon, y despues de Napoleon la desgracia y la verdad, la experiencia y el talento.

El nuevo régimen, concertando lo desunido y reconciliando lo divorciado, imprimió nuevo sello de moderacion á las doctrinas políticas, dió una base de creencia á los principios morales, presentó resultados de utilidad á los espíritus contemplativos, señaló un objeto y un criterio moral á la literatura, y trazó el camino de los estudios históricos por regiones más fecundas en enseñanzas útiles al género humano. Sus hombres más eminentes han alternado desde entónces la profesion de la ciencia con la práctica y direccion de los grandes intereses sociales, sin que en juicio comparativo tengamos ciertamente que deplorar las consecuencias de esta mudanza. Los Guizot, los Molé, los Dupin, los Thiers, los Royer Collard, los Villemain, los Broglie, los Lamartine, los Cousin y tantos otros que hemos visto pasar alternativamente de la cátedra del profesor á la tribuna parlamentaria, y de la silla ministerial al gabinete del filósofo, no creo, Señores, que hayan llegado á ménos altura de honra y es-

plendor para su patria y para su siglo que aquellos declamadores y sofistas que hace ahora cien años escribian y estudiaban en la soledad, sin que el estrépito del mundo interrumpiera la vigilia de sus teóricas especulaciones. ¿Quién sabe, Señores, si el haberle faltado las mismas condiciones que á la sociedad francesa, ha sido parte para que la Alemania con una superioridad reconocida, presente hoy un espectáculo tan extraordinario, literaria y filosóficamente considerado? ¿Qué se han hecho en verdad aquellas apariciones luminosas que deslumbraban no hace aún medio siglo, del otro lado del Rhin? ¿Adónde se han ido los discipulos de Kant y Shelling? La descendencia de Goethe y de Schiller, ¿qué ha sido de ella? La delineacion rápida de aquella remontada literatura, la anarquía moral de aquellas escuelas filosóficas son un ejemplo vivísimo, Señores, que no puede dejar de ser notado por los ojos de una crítica que desde la elevacion de la filosofía haga descender juiciosamente sobre los hechos la sonda de la experiencia.

Tambien nuestra España suministraria ejemplos que vinieran en apoyo de nuestras explicaciones, si no nos desviara del propósito de buscarlos el temor de encontrarnos cara á cara con un hecho peculiar de nuestra historia, que cambió súbitamente la direccion de los espíritus y la marcha de los negocios, desnaturalizando la condicion del saber y de la literatura, del Gobierno y de la sociedad. Cuando con mayor grandeza y con un brio, sólo comparable á la intrepidez de sus hazañas de guerra, amenazaba extenderse el ingenio español por todos los dominios de la inteligencia humana, erigiose un tribunal armado con la cuchilla de la justicia para condenar en nombre de la fe los juicios atrevidos de la razon humana. El establecimiento anti-evangélico de la inquisicion fué de consecuencias más funestas á la literatura que á la política. La pretension satánicamente orgullosa de que no hubiera errores, cegó en su manantial la fuente de

las verdades. La censura del Santo Oficio produjo en España los mismos efectos á que habia dado lugar en la Grecia la envidiosa y suspicaz cautela de aquellas democráticas tiranías. Oculta detras de su negro velo la luz de la ciencia, quedó sólo el dominio del arte para que en el se viera, aunque quebrantado, su reflejo.

Nuestra historia literaria de aquellos tiempos no es á propósito para deducir conclusiones generales: pertenece á la historia del genio; es la biografía individual de algunos talentos excepcionales y portentosos. Se desvanecen como una radiosa aparicion de gloria; la literatura decae, y en este período de decadencia, la separacion entre el cultivo de las letras y la práctica de los negocios es de dia en dia más profunda. La restauracion de los buenos estudios no empieza hasta que en el reinado de Cárlos III los hombres de inteligencia y de doctrina son llamados de nuevo á los cargos de la república. En nuestros dias, Señores, cuando una guerra nacional primero, y más tarde una contienda encarnizada de intereses y de principios, arroja á la liza de estos combates y al foro de estas querellas á todos los hombres de actividad, de espíritu y de elevacion de ideas, la escena literaria cambia completamente de aspecto. ¿De qué manera, Señores? ¿Podemos creer que se oscurece y se reduce? ¿Podemos asegurar que se ensancha y se ilumina?..... *Ai posteri l'ardua sentenza*, diré con Manzzoni; á mí, Señores, pensar confiadamente que los que vivimos vemos en nuestra época al lado de lo bueno y de lo grande todo lo mediocre, efímero y perecedero que se produce siempre, pero que en el juicio de la posteridad la literatura de estos revueltos y procelosos dias podrá sostener dignamente su parangon con el recuerdo de otros tiempos en que el saber era más exclusivamente académico, y en que los amigos de las musas no tuvieron que exclamar tantas veces como con penoso afan lo hemos hecho nosotros: ¡*Beatus ille qui procul negotiis*!

No, Señores, no. Las circunstancias particulares de nuestra actual condicion no pueden ser síntoma ni serán causa de decadencia literaria. ¿Se extinguirá por ventura el genio? No puede ser, Señores: el genio que recibe su inspiracion directa de la sabiduría divina continuará revelando sus oráculos á esta nacion gloriosa, cualesquiera que sean la desventura ó la prosperidad que la Providencia le depare. Los que reciben esta mision privilegiada, no habrán menester el estímulo de las recompensas ni podrán ser desviados de su elevado rumbo por las ráfagas del torbellino del mundo. Inteligencias que, perteneciendo á la literatura de todos los tiempos y paises, nacen para ser modelos y guias de la raza humana, continuarán independientes de su sociedad y de su siglo. La atmósfera en que viven y la region en que campean está más alta que los Gobiernos, que las revoluciones, más que los intereses de la sociedad, más que las sectas filosóficas y que las escuelas literarias. No haya miedo, Señores, de que el Cielo deje de enviar sus elegidos sobre nuestra patria por revueltos y agitados que hayan de ser sus dias, por más reciamente que pudieran batallar todavía las encontradas pasiones. Lo que sucedió en la edad más caliginosa de la barbarie, no dejará de acontecer en los tiempos más bonancibles de una civilizacion espléndida.

El sol que inflamaba nuestros horizontes en los siglos rudos de una sombría esclavitud y de una anarquía tumultuosa, no dejará de brillar cuando asienta su imperio sobre la tierra la libertad de la razon y el órden de la justicia. Aquí, donde las hogueras de la inquisicion no pudieron quemar las alas angélicas de nuestros insignes ingenios, no podemos creer, sin desconfiar temerariamente de la misericordia divina, que las turbulencias políticas ó las calamidades sociales, las preocupaciones del mundo ó los extravíos del entendimiento sean bastantes á impedir el nacimiento y desarrollo de los Lopes, de los Cervantes y de los Calderones venideros.

Las academias, Señores, no representan este portentoso talento individual. Como el mundo y como el siglo, obedecen sus preceptos, acatan sus oráculos, oponiendo en verdad á veces á sus extravíos el antemural de aquellos principios permanentes y conservadores que el comun sentido les tiene encomendados. Las academias pueden representar el saber colectivo de una sociedad en sus diversos dominios, y la participacion de todos los hombres entendidos en la tarea comun de la civilizacion de una época. Que no sea desmedidamente exclusivo este concurso, que encuentren proporcional cabida en este fecundo trabajo las inteligencias que se consagran á la sociedad, ó los corazones que pagan á la humana naturaleza el tributo de sus afectos, he creido demostrado, Señores, que no implica decadencia y ruina en los adelantos científicos de un pueblo, ni que empaña aquella aureola de esplendor literario con que señala la historia el giro de las sociedades por las órbitas de la civilizacion.

Redundaria sí en desdoro de este esplendor el que los que recibiéramos este lauro, por consideraciones en que tiene parte tan principal la generosidad y la benevolencia, creyéramos que era un galardon debido á grandes trabajos y un asiento de reposo al cabo de una carrera de laboriosos merecimientos. Pero los que se encuentren en mi caso habrán de aceptarle, Señores, como una consagracion que nos impone grandes sacrificios, y que nos empeña en la esforzada empresa, debajo de cuyas gloriosas banderas acudimos á recibir humildes la bendicion de nuestras armas. ¿Qué importa que hayamos militado en otro campo? La enseñanza que allí hayamos recogido puede no ser del todo infructuosa para saber cumplir nuevos empeños. Los juramentos que aquí nos liguen podrán realzar y enaltecer las obligaciones que de otros compromisos conservemos. Aquí, como en la sociedad, el estudio de los hombres consumados en las vigilias de su gabinete fecundará la viva enseñanza que da la

amarga experiencia del mundo. En este consorcio, Señores, la política podrá recordar diariamente á la ciencia que la perfeccion moral del hombre y la mejora continua de su condicion social es el final propósito de todo saber, de todo estudio, de toda duradera inspiracion. Aquí la ciencia podrá repetir todos los dias á los hombres pagados en demasía de la importancia política, ó sobradamente preocupados de positivos intereses, que nunca sin esplendor literario y sin superioridad científica han alcanzado las naciones, por gloriosas y prósperas que aparezcan, aquella supremacía de influencia moral, que es la verdadera grandeza de los pueblos y de los hombres.

La combinacion de estos dos principios, Señores, es el seguro de vida de toda civilizacion sólida, como es el sello de perfeccion de toda consumada literatura. He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Señores: En el acto solemne de recibir tres nuevos miembros en el seno de la Real Academia Española, y cuando acaban de oirse los discursos que con este motivo han pronunciado, ocurren al ánimo algunas reflexiones gratas y consoladoras.

Ansiosos de promover el cultivo de las letras humanas, que con razon merecieron tal nombre por lo mucho que contribuyen á suavizar las costumbres y á civilizar á las naciones; congregadas en este lugar personas que se dedican á los varios ramos del saber, unidos con estrechos vínculos para comun provecho, parece que se respira con más libertad y desahogo en este pacífico retiro, léjos de contiendas políticas y de la lucha de partidos; así como allá en otros tiempos se suspendia el rumor de las armas durante la *tregua de Dios*, y hasta los más fogosos combatientes respetaban el asilo de las iglesias.

Estos actos públicos pueden contribuir grandemente á encender una noble emulacion, á dar nuevo estímulo á la pasion de la gloria, y á mostrar tal vez que en un siglo, acusado con razon ó sin ella de calculador y egoista, áun hay ánimos generosos que cultivan con ardoroso empeño el ameno campo de la literatura, más fértil en flores que no en frutos.

Resultará tambien la ventaja de que se vea prácticamente que estos cuerpos literarios no están animados, como malamente se ha pretendido, de espíritu intolerante y exclusivo, cerrando con triples candados sus puertas, y sólo dejando abierto un postigo, por donde no se pueda entrar sin inclinar la cabeza, y despojándose en el dintel de opiniones propias.

Tan al contrario es, que ante todas cosas se apetece el libre exámen, el contraste de opiniones opuestas, como el medio más á propósito de buscar la verdad y de encaminarse al acierto.

Áun en la materia propia y peculiar de su instituto, la Academia Española no aspira á dictar leyes, sino registra las que dicta el uso; no encadena en su libre curso á la lengua, sino indica los escollos para precaver extravíos; no fija, en una palabra, límites inmutables que le sirvan de perpétua barrera, sino de tiempo en tiempo establece señales, como las piedras que suelen colocarse en los caminos para indicar lo que ya se ha andado y el rumbo que debe seguirse.

Ningun testimonio más irrefragable y auténtico pudiera dar la Academia de cuál es el espíritu que la anima que el que acaba de ofrecer en la eleccion de estos tres candidatos, dignos todos ellos á cual más de entrar en esta ilustre corporacion; pero que han presentado tan diversos títulos para ser admitidos, y que ostentan un carácter literario, si así puede decirse, tan poco parecido como pueden serlo sus fisonomías.

El discurso del Sr. Oliván, primero en órden, retrata fielmente el talento de este aventajado escritor, su espíritu analítico, claro, preciso, que aspira á llevar al terreno de la literatura, así como lo ha hecho al de la administracion, el órden y método de las ciencias exactas á que es tan aficionado. Evitando con solícito anhelo dejarse llevar de la imaginacion, y procurando escudriñar el fondo de las cosas, desmenuzarlas, para

conocerlas mejor, puede contribuir útilmente á las tareas de la Academia por medio de profundas discusiones en el campo de la gramática, que conviene recorrer de nuevo con la antorcha de la filosofía.

La grave cuestion que el Sr. Oliván ha examinado en su discurso es una de las que con más urgencia lo reclaman: discordes en la práctica varios de nuestros hablistas, así antiguos como modernos, militando por una y otra parte razones poderosas, no me atreveré yo á decir si se está ya en el caso de pronunciar un fallo, dictando sobre este punto una regla invariable.

Tampoco me aventuraré yo á indicar cuál será en adelante la decision de la Academia acerca del uso del pronombre personal, objeto del discurso á que aludo; pero no pudiendo negar que en la última edicion de nuestra gramática se adopta la opinion contraria, debo justificar á la Academia recordando los principios que la guian, y que se han tenido siempre por norma invariable para decidir esta clase de cuestiones. El Sr. Oliván se propuso examinar la presente á la luz del raciocinio, sujetándola al criterio de la lógica, procediendo en ella como filósofo y analizándola por todas sus fases. La Academia por el contrario, persuadida de que los principios de la dialéctica no siempre son aplicables á las discusiones gramaticales, y de que áun cuando lo fuesen, tienen que ceder y subordinarse á la fuerza incontrastable del uso, juez único y sin apelacion en tales materias, ha procurado siempre indagar el de nuestros célebres hablistas, tomándole como cuerpo esencialmente conservador, por la guia más segura, y de la cual no se cree autorizada á separarse. ¿Y cuál es el uso constante de nuestros más ilustres escritores? Cabalmente el contrario á la opinion del Sr. Oliván. Cervantes, Mariana, Mendoza, Moncada, Zurita, Estrada, Coloma, Saavedra, Solís, entre los prosistas; Boscan,

Garcilaso, Francisco de la Torre, Fr. Luis de Leon, Lope de Vega, Villegas, Calderon, Quevedo, entre los poetas, emplean el pronombre *le* en los términos que el Sr. Oliván impugna.

Si á tan insignes escritores se me permite agregar tres, que entre los modernos están reconocidos por maestros del idioma patrio, á saber, Iriarte, Jovellanos y Moratin, no podrá desconocer el Sr. Oliván cuánto ha de inclinar la balanza en favor del uso que reprueba el peso de tan calificados jueces. Y áun me atrevo á lisonjearme de que si el Sr. Oliván en el retiro de su estudio, y por la fuerza lógica de su razon, puede como literato particular decidirse por la opinion que tan luminosa y metódicamente ha defendido en su discurso, tal vez como académico no se atreverá á anteponer su dictámen al de tantos y tan autorizados escritores.

De todos modos, bien puede asegurarse que se presta un señalado servicio ventilando estas cuestiones con el deseo del acierto, como lo ha hecho el Sr. Oliván, áun cuando pueda decirse en esta materia lo que dijo Horacio respecto de otra: *Grammatici certant et adhuc sub judice lis est.*

Enteramente distinto, no ménos en el fondo que en la forma, cual si de intento se hubiese propuesto ofrecer una especie de contraste, el discurso del Sr. Pastor Diaz anuncia sin querer su aficion á las musas, á las que en otro tiempo tributó culto, si bien por mero pasatiempo y sin aspirar como otros con ménos títulos al nombre de poeta. Áun en la cuestion filosófica que ha planteado se echa de ver con frecuencia el vuelo de la fantasía, por más que en tales materias reclame sus fueros exclusivos la razon desapasionada y severa.

A fuerza de querer mostrarse imparcial, puede tal vez decirse que el Sr. Pastor Diaz ni siquiera ha sido justo, si bien el peso mismo de las razones le ha hecho reconocer en su discurso que no se hallan tan divorciados como pudiera creerse los

grandes adelantos en las ciencias y el cultivo de la literatura con el manejo de los negocios públicos, ó para valernos de sus mismas expresiones, «la vida práctica con la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza.»

Es cierto que en la infancia de las sociedades y en épocas de densa barbarie suelen aparecer genios extraordinarios, creadores, enviados por la divina Providencia para guiar é iluminar á las naciones, como la columna de fuego que precedia al pueblo de Israel en el desierto. Es verdad igualmente que á veces se ocultan en la soledad y en el retiro hombres investigadores que, separados del bullicio del mundo, guardan riquísimos tesoros de ciencia, como la perla encerrada entre dos conchas se esconde en lo profundo del mar, y el oro en las entrañas de la tierra. Mas no por eso es ménos cierto, hablando en tésis general, que el trato de los hombres y el cambio recíproco de ideas acrecienta su valor y difunde sus beneficios, formando lentamente con el trascurso del tiempo un caudal de doctrina que se trasmite de generacion en generacion como un preciosísimo legado.

La experiencia enseña tambien (y el Sr. Pastor Diaz lo ha reconocido así, no pudiendo esperarse ménos de su ilustracion) que tanto en las naciones antiguas como en las modernas han existido hombres sapientísimos, que han dividido su vida entre el cultivo de las ciencias y el manejo de los negocios públicos. Así, y por las razones que ha indicado en su discurso, debió suceder en las antiguas repúblicas de Italia; así, y por motivos semejantes, se ha verificado en la Gran Bretaña.

Dante, el heraldo de la civilizacion moderna, vivió en medio de las turbulencias políticas; el mismo aire inflamado respiraba el profundo Machiavelo, sin cuya circunstancia tal vez no hubiera podido comprender y comentar á Tito Livio; el gran canciller Bacon, padre de la filosofía, no vivió alejado de la

arena política; y áun en épocas más cercanas, si bien en regiones distantes, Franklin arrebataba con una mano el rayo de los cielos y con la otra rompia los hierros de su patria.

Materias hay, como por ejemplo, la historia, en que llevan suma ventaja, no los que la escriben consultando sólo las obras de las bibliotecas, sino estudiando el gran libro del mundo, abundante en escarmientos y enseñanza. Seguimos con plena confianza á Xenofonte en la penosa *retirada de los diez mil*, porque él iba en medio de los griegos; creemos ver con nuestros propios ojos á los habitantes de las Galias, porque el mismo que los sojuzgó es quien nos los describe; mas por mucha fe que nos merezca Tácito, casi estamos recelosos de que el retrato de los antiguos germanos lo haya hecho de fantasía para presentar el contraste entre aquellas costumbres rudas y las de la corrompida Roma que se iba deshaciendo y aniquilando en medio de la pompa del imperio como un cadáver colocado en un suntuoso catafalco.

En la Francia de nuestra edad se ve lo mucho que han ganado la filosofía, la política, la historia, cultivadas por repúblicos eminentes, en vez de que en los tiempos de saber meramente especulativo, en el siglo enciclopédico por excelencia, se ve con sonrisa de lástima querer dictar constituciones á los pueblos, sin conocer siquiera el mundo, el buen abate Mably ó el soñador Rousseau, que echaba de ménos en París los encantos de la vida selvática.

Sin salir de nuestra propia España, en los siglos de nuestras glorias tuvimos hombres eminentes al mismo tiempo en los consejos de los Reyes, en las letras y en las armas. Hurtado de Mendoza asombraba con su saber á Italia, donde defendia á la par los derechos de la nacion y las regalías de la corona; el agudo Saavedra aprendió la política en el manejo de los negocios, sin que uno ni otro se desdeñasen de consagrar sus

ocios á la amena literatura, que enriquecieron con sus obras.

Aun en tiempos más cercanos á nosotros, admiramos á un Campomanes, compartiendo su tiempo entre las graves tareas del foro, la gobernacion del Estado y los profundos estudios de legislacion civil y canónica, y de la economía política en favor de los pueblos; abriendo la senda que despues siguió, con más gloria si cabe, su paisano el inmortal Jovellanos, digno de haber nacido en otro siglo que hubiera apreciado cual merecian su vasto saber y sus virtudes.

Sin engolfarse en áridas controversias gramaticales, como el Sr. Oliván, ni remontarse como el Sr. Pastor Diaz á las vagas regiones filosóficas, el Sr. Hartzenbusch ha escogido un terreno conocido en que puede asentar el pié con plena confianza: el *teatro*. ¿Ni qué medio más ingenioso pudiera haber empleado para recordarnos sus títulos á fin de ser admitido en este ilustre Cuerpo? Al solicitar nuestros votos traia ya este autor los del público; juez cuyo fallo vale más en materias dramáticas (por mucho que me cueste decirlo) que el parecer de los doctos y la censura de las Academias. Todo el poder de Richelieu y la mala voluntad de los cuarenta no pudieron empañar la gloria del autor de *Cinna* y del *Mentiroso*.

Corneille confesó, con una modestia que le honra, que habia tomado del teatro español el argumento de esta comedia, hallándola tan linda que de buena gana daria por haberla inventado dos de sus mejores composiciones. Hasta dudaba quién fuese su autor, porque la mala estrella que persiguió en vida á Ruiz de Alarcon, y que con tan vivos colores nos ha pintado el Sr. Hartzenbusch, hizo que muchos creyesen que dicha obra era de Lope de Vega, y áun recuerdo haberla visto como tal en una coleccion de sus obras.

Ménos apreciado en su tiempo Alarcon de lo que por tantos títulos debiera, tiene el mérito singular de haberse acerca-

do, más tal vez que ningun otro de nuestros antiguos dramáticos, al verdadero tipo de la *comedia de costumbres*, sumo objeto del arte.

El Sr. Hartzenbusch ha caracterizado con mucho tino á dicho poeta, distinguiendo con ligeros toques, cual cumple á un pincel ejercitado, la vária fisonomía de nuestros dramáticos del siglo XVII. Mas para hacerlo con tanta maestría es necesario cultivar el arte con pasion, estudiar noche y dia los modelos, compararlos, apreciar sus bellezas, y unir al talento que crea, exquisito gusto y crítica acendrada.

Pocas empresas tan útiles pueden acometerse en favor de nuestras glorias literarias como la que prosigue con loable constancia el Sr. Hartzenbusch, juntamente con otros distinguidos ingénios: tal es procurar que reviva nuestro antiguo teatro, haciendo que el público saboree sus muchos primores y bellezas.

Este es el mejor medio, en mi concepto, de que se forme insensiblemente el gusto, evitando que se estrague con absurdos dramas, así como se pierde el paladar con el abuso de licores fuertes.

Podrá igualmente contribuir á atajar la avenida de composiciones extranjeras: no de las que merezcan trasplantarse de una tierra á otra, cuidando de aclimatarlas con esmero, sino de aquellas composiciones monstruosas que pueden considerarse como una verdadera plaga, pues que al mismo tiempo corrompen las costumbres, el gusto y el lenguaje.

Bien quisiera, Señores, haber podido detenerme á analizar cual merecen los discursos que acabais de oir; pero ni la ocasion lo consiente, ni la angustia del tiempo lo permite. Ellos mismos son un público testimonio que abona, mejor que muchas reflexiones, la acertada eleccion que ha hecho la Academia.

El espíritu de asociacion, que es como el alma de las naciones modernas, puede ser no ménos eficaz y poderoso en las empresas literarias que en las de la industria y comercio: cada cual contribuye con su trabajo á aumentar el capital de conocimientos, y los bienes que de ello provienen no pueden ménos de redundar en propia gloria y en beneficio del Estado.

No cabe encargo más noble que el que nuestros augustos Monarcas se han dignado confiar á esta Academia, hija primogénita de su Régia munificencia; conservar el sagrado depósito de la lengua, velar en su custodia, procurar su esplendor y brillo para trasmitirla á nuestros hijos más rica y pura que la recibimos de nuestros mayores.

Y cuenta que el habla, cuya honrosa guarda se nos confia, no es una lengua de escaso valer, desconocida en los fastos de la historia y encerrada en estrechas fronteras; es la hija más noble del Lacio, la lengua de Cervantes y de Herrera, la lengua con que Cortés y Pizarro conquistaron un Nuevo-Mundo; la que en medio del cúmulo de desventuras que se ha desplomado sobre nuestra nacion, se habla todavía en las más distantes zonas de la tierra y en gran número de naciones como testimonio vivo, perenne de nuestra antigua grandeza y poderío.